

Vemos a Jesús

Nuestra lección anterior trató sobre “el mundo venidero” y su relación con la predicación del Evangelio. El Evangelio no fue encomendado a los ángeles, porque a ellos Dios no ha sometido el mundo venidero. El Evangelio es el poder de Dios para salvación, a todo el que cree; el poder de Dios se ve en las cosas que Él ha hecho, porque la creación es la medida del poder de Dios; el objetivo del Evangelio es restaurar lo que se ha perdido;—crear de nuevo;—por lo tanto, su poder es el mismo que creó el mundo al principio. La tierra fue dada al hombre al principio, y por lo tanto al hombre se le confía la obra que la restaurará; pero como el poder que la restaura es el mismo poder que le fue dado al hombre sobre ella al principio, se deduce que su poder es el poder del mundo venidero; porque el mundo venidero es el mundo que existía al principio.

Consideramos la extensión del dominio que Dios dio a los hombres cuando los creó. Todo el poder de Dios, en lo que respecta a esta tierra, debía ser exhibido a través del hombre. Las aves, las bestias, los peces, la misma tierra, todo estaba sujeto al hombre. El dominio era completo.

“Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no le sea sujeto; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. Pero vemos a Jesús, que fue hecho un poco menor que los ángeles, a causa del padecimiento de la muerte, coronado de gloria y de honra, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos.” Hebreos 2.8, 9

Cuando ciertos griegos se acercaron a Felipe, diciendo: “Señor, querríamos ver a Jesús”, y Felipe los llevó a Él, Jesús dijo: “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.” Juan 12.23, 24. Este es el tema que tenemos ante nosotros en nuestra lección actual, pues en pocas palabras nos muestra a Jesús dándolo todo y ganándolo todo.

Nuestra atención se ha dirigido al hombre en su gloria y honra originales, con todas las cosas bajo él. Pero al observar su estado, de repente vemos el dominio perdido.

El Dominio Perdido

Porque “todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas.” Al mirar, lo vemos caer, y en lugar de tener el mundo bajo él, lo tiene todo sobre él. En lugar de gobernar el mundo, el mundo lo gobierna a él. Del lugar más alto, se hunde al lugar más bajo. Ahora estamos hablando del hombre; cualquier lugar bajo en el que se haya conocido a alguna persona, y cualquier vileza a la que haya descendido un individuo, es solo una exhibición de cuán bajo ha caído el hombre. Es solo la falta de oportunidad, o mejores circunstancias que, aparte de la gracia de Dios, impiden a cualquier individuo en el mundo exhibir la misma repugnante vileza que se ve en los ejemplares más bajos. “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos

de la gloria de Dios.” Romanos 3.23. El dominio era de gloria y honra, porque el hombre fue *“coronado de gloria y de honra.”* Por lo tanto, es fácil ver que la pérdida de la gloria, a causa del pecado, fue en sí misma la pérdida del dominio. De estar por encima de todo, el hombre ha caído más bajo que todo, pues los hombres han caído más bajo que las bestias.

No Ahora Bajo Él

La idea común es que el hombre comenzó sin dominio, y que gradualmente ha ido adquiriéndolo, hasta que ahora casi ha llegado al cumplimiento de la promesa: *“Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.”* Pero esto es directamente contrario a la clara enseñanza de la Biblia. El dominio perfecto existía al principio, pero se ha perdido, y nunca hubo un momento en la historia del mundo en que los hombres tuvieran tan poco del dominio original como ahora. “Vean cómo vastos territorios han sido abiertos por los exploradores, y cómo las bestias salvajes han sido exterminadas para que la gente pueda habitar allí con seguridad, dice uno, como prueba de que el hombre está ganando dominio.” ¡Ah, pero el hecho de que las bestias sean salvajes, y que el hombre deba armarse contra ellas y destruirlas antes de poder vivir en una tierra, demuestra que no tiene dominio! El rey que está obligado a estar siempre a la defensiva contra aquellos a quienes llama sus súbditos, y que solo puede gobernarlos matándolos, no tiene mucho de qué jactarse en materia de autoridad. Incluso los animales domésticos deben ser atados, o retenidos con freno y brida. No obedecen la palabra del hombre, como obedecían el gobierno de Dios al principio. Los pocos y maravillosos casos de obediencia de los animales a la palabra del hombre solo sirven para indicar cuán lejos está el hombre del primer dominio.

Dónde Vemos a Jesús

Nuestra atención se ha dirigido al hombre en su primer dominio, coronado de gloria y honra. Al mirar, lo vemos caer, y al seguir mirando, con nuestros ojos fijos en el lugar donde cayó, “vemos a Jesús.” ¿Dónde lo vemos? —Justo donde el hombre cayó. Jesús vino *“a buscar y a salvar lo que se había perdido”* (Lucas 19.10), y la única manera de encontrar algo que se ha perdido es ir donde está; la única manera de levantar a alguien que ha caído y no puede ayudarse a sí mismo es ir al mismo lugar donde cayó. Esto es lo que nos dice el texto. Si queremos ver a Jesús, debemos ir donde hay hombres caídos. En esto hay una exhortación, una indicación de cómo debemos trabajar; pero también hay consuelo, y el consuelo viene primero. Dondequiera que haya hombres caídos, allí podemos ver a Jesús; pero nosotros somos hombres caídos; por lo tanto, podemos ver a Jesús en nosotros. *“Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.”* Romanos 10.8, 9. El conocimiento de que Cristo mora en nosotros, hombres pecadores, es lo único que puede capacitarnos para llevar la bendita seguridad del Evangelio a otros.

La Maldición y la Cruz

A causa del pecado vino la maldición, y la maldición es la muerte. Pero como el hombre no tiene vida en sí mismo, es imposible que por sí mismo pudiera soportar la maldición, pues una vez recibida, es decir, habiendo muerto, ya no tendría existencia. No le es posible al hombre soportar la muerte. Pero Cristo tiene vida en Sí mismo (Juan 5.26), y puede dar su vida y volverla a tomar; por lo tanto, Él nos ha redimido de la maldición, hecho maldición por nosotros; como está escrito, *maldito todo el que es colgado en un madero*. Gálatas 3.13. En la cruz, Cristo soporta la maldición; no solo la maldición del hombre, sino también la maldición de la tierra; porque Él llevó nuestros pecados en Su propio cuerpo en el madero (1 Pedro 2.24), y también llevó los espinos, con los cuales la tierra fue maldecida. Compárese Juan 19.2; Génesis 3.17, 18. Pero el hombre vive, y la tierra produce fruto, a pesar de la maldición; nada es perfecto, sin embargo, hay existencia. ¿Por qué? —Porque Cristo soporta la maldición, y la ha soportado desde el principio. Si la maldición hubiera caído sobre el hombre, aparte de Cristo, habría muerto instantáneamente, y no habría habido una segunda generación. Pero el Verbo, que se hizo carne al principio, sustentó al hombre cuando cayó. Cuando el hombre descendió a las profundidades más bajas, el Señor fue con él. El hecho de que los hombres vivan, prueba la presencia de la vida de Cristo. Nada en la naturaleza es perfecto; sin embargo, el hecho de que haya crecimiento a pesar de la maldición, muestra la presencia de Aquel que solo es capaz de soportar la maldición. Dondequiera que haya alguna maldición, algún pecado, o alguno de los efectos del pecado, allí está el Señor Jesús, porque Él lleva los pecados del mundo. Pero es Cristo crucificado quien soporta la maldición; por lo tanto, encontramos la cruz de Cristo justo donde el hombre cayó. “Vemos a Jesús”—¿dónde?—donde el hombre cayó. ¿Cómo lo vemos?—Crucificado, soportando el sufrimiento del hombre caído. Lo vemos sufriendo la muerte por cada hombre. Y dondequiera que veamos el pecado y la maldición, allí, si tenemos nuestros ojos abiertos, vemos a Jesucristo crucificado. La maldición está sobre toda la creación; Cristo lleva toda la maldición sobre la cruz; por lo tanto, es cierto que “*la cruz de Cristo está grabada en cada hoja del bosque*.” Todo proclama el Evangelio de Cristo. Incluso los hombres impíos, que usan la fuerza que Dios les dio para luchar contra Dios, y que incluso niegan Su existencia, son a pesar de sí mismos testigos de Su misericordia y longanimidad.

Echando la Carga sobre el Señor

En este pensamiento hay bendita esperanza y coraje. “¿Cómo puedo echar mi pecado sobre el Señor?” Ah, eso ya está hecho; porque “*Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros*.” Isaías 53.6. Porque Cristo “*ha venido en carne*” (1 Juan 4.3), Él lleva los pecados de toda carne. No es que Él los vaya a tomar, sino que Él los tiene. Están sobre Él tan pronto como son cometidos. Nuestra parte es simplemente confesarlo,—confesar con nuestra boca al Señor Jesús,—es decir, confesar que Él ha venido en carne—en nuestra carne. Así Él lleva nuestros pecados. Pero Él lleva la maldición en la cruz; por lo tanto, cuando confesamos con nuestra boca al Señor Jesús, lo confesamos crucificado en la carne,—en nuestra carne,—y así somos crucificados con Él. Y entonces solo tenemos que creer en nuestro corazón—y continuar creyendo—que Dios lo levantó de los muertos, para saber que Él mora en

nosotros con el poder de la resurrección. ¡Qué bendito Evangelio para creer para salvación, y cuán bendito ser permitido proclamarlo a los hombres caídos!

“Un Poco Menor que los Ángeles”

Es cierto que el texto dice que vemos a Jesús coronado de gloria y honra, pero no debemos olvidar que fue “*a causa del padecimiento de la muerte*” (VR) que Él fue coronado de gloria y honra. De modo que antes de verlo coronado de gloria y honra debemos verlo “un poco menor que los ángeles,” es decir, como un hombre, porque el hombre fue hecho un poco menor que los ángeles. Es como “el Hijo del Hombre” que debemos ver a Jesús. Ese es el nombre con el que siempre se designó a Sí mismo. Cristo se ha identificado con la humanidad, para nunca ser separado. Fue como el Hijo del Hombre que fue crucificado y sepultado; fue el Hijo del Hombre quien resucitó de la tumba y ascendió al cielo, y el Hijo del Hombre, ahora a la diestra del Padre, es a quien esperamos ver venir en las nubes del cielo.

“Por Cada Hombre”

Por la gracia de Dios, Jesús *gustó la muerte por cada hombre*. No fue necesario que Él viniera a la tierra por su propio bien. Él murió, no por sus propios pecados,—porque Él “*no conoció pecado*” (2 Corintios 5.21),—sino por los pecados de otros. Todo lo que sufrió fue por cada hombre, y todo lo que ha ganado es por cada hombre, o, más estrictamente, por cada uno. El sacrificio de Cristo tiene que ver con el individuo, así como el cristianismo es un asunto individual. “*De tal manera amó Dios al mundo,*” es cierto, pero los amó como individuos, porque dio a Su Hijo para que todo aquel que en Él cree sea salvo.

“Coronado de Gloria y Honra”

Nótese la sugerencia. Cuando Dios hizo al hombre, lo coronó de gloria y honra, y lo puso sobre las obras de Sus manos. Como ya se ha visto, la gloria y el dominio eran inseparables. Recuerde que fue el hombre—la humanidad—quien fue así coronado rey sobre lo que Dios había hecho. Pero perdió la gloria y el dominio. ¿Está todo, por lo tanto, eternamente perdido? —De ninguna manera. Ahora vemos a Jesús, no de pie a lo lejos, no de pie donde estaba el hombre, y no mirando hacia abajo al lugar donde cayó, y no dándole consejo sobre cómo levantarse,—sino que vemos a Jesús justo donde el hombre cayó, sustentándolo a él y a su pecado. Y es como el Hijo del Hombre que lo vemos coronado de gloria y honra. Satanás pensó en derrocar la obra de Dios. Pensó que demostraría que Dios no podía gobernar Su dominio a través del hombre, incluso cuando el hombre estaba libre de toda mancha de pecado y de la maldición; pero el ataque de Satanás simplemente le dio a Dios toda la oportunidad de mostrar Su poder en una medida aún mayor, en el sentido de que ahora Él toma al hombre en la posición más baja posible y lo exalta a gloria y honra.

Cuán Altamente Exaltado

Porque Jesús *“se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo,”* y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual *“Dios también le exaltó sobremanera, y le dio un nombre que es sobre todo nombre.”* Filipenses 2.7-9, VR. Sí, cuando Dios lo levantó de los muertos, *“le sentó a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero.”* Efesios 1.20, 21. Piense en el poder más elevado, no solo en este mundo, sino también en el que ha de venir, y Jesús como el Hijo del Hombre está muy por encima de todos ellos. Note que Dios *“sometió todas las cosas bajo sus pies.”* Efesios 1.22. Así que como el Hijo del Hombre Él tiene todo lo que Adán tuvo. El segundo Adán tiene todo el dominio que tuvo el primer Adán. Pero así como donde el pecado abunda, la gracia de Dios sobreabunda, y el ataque de Satanás provocó una mayor manifestación del amor y el poder de Dios, así el segundo Adán, al comenzar la lucha desde un plano inferior al que ocupaba el primer Adán, ha ganado un lugar mucho más elevado. Cristo, el Hijo del Hombre, tiene el lugar más alto del universo, después de Dios el Padre. Véase 1 Corintios 15.27, 28.

Y Nosotros También

Cuando Cristo fue levantado de los muertos, fue levantado a la diestra de Dios en los lugares celestiales, *“muy por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío,” “no solo en este mundo, sino también en el que ha de venir.” “Y a vosotros os dio vida”* (Efesios 2.1). Porque si estamos *“sepultados con Él en el bautismo,”* también estamos *“resucitados con Él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos.”* Colosenses 2.13. *“Todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte.”* Romanos 6.3. Así, ser levantados con Él es compartir el poder y la gloria de Su resurrección. Leemos que Dios nos ha vivificado (nos ha dado vida) junto con Cristo, *“y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.”* Efesios 2.5, 6. Es decir, así como vemos a Cristo en la carne, sufriendo nuestra maldición, así lo vemos coronado de gloria, y a nosotros mismos con Él, siempre que realmente lo veamos. Porque Cristo dijo de sus discípulos: *“La gloria que me diste, yo les he dado.”* Juan 17.22. Así como Cristo está puesto sobre el mundo venidero, nosotros en Él también tenemos en sujeción a nosotros el mundo venidero. ¡Cuánto más, entonces, este mundo presente! Ser cristiano, aunque sea la persona más pobre e insignificante del mundo, es ocupar una posición más alta que cualquier rey terrenal. El verdadero cristiano, no importa cuán humilde y despreciado, es levantado en Cristo *“muy por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío.”* Los gobernantes terrenales no pueden añadirle nada, no pueden concederle ningún favor, porque no tienen nada que él necesite, y por lo tanto él no tiene ninguna petición que hacerles. Por el contrario, es enviado con un mensaje para ellos, y puede ofrecerles riquezas de las que el mundo no tiene conocimiento, incluso *“las inescrutables riquezas de Cristo.”*